

JERUSALÉN EN EL RECUERDO

JUAN CASTELL QUILES

**Junto a los ríos de Babilonia nos
sentábamos / y llorábamos
acordándonos de Sión**

I

Han descolgado las cítaras de los sauces y están entonando unos salmos tristes que evocan Sión. ¡Jerusalén, Jerusalén!, cantan. Que caigan todos los castigos sobre mí si de ti me olvido... Las palabras salmodiadas resuenan en las orillas del canal. La noche es muy clara. La luna platea el agua, que discurre mansa. De todo el campamento saltan al cielo las palabras sagradas... Si yo me olvidara de ti, Jerusalén...

Asaf se ha distraído de las oraciones. Acaba de entrever a Majlá cerca de su tienda. Está sentada en el suelo y ha elevado la cabeza hacia el cielo como para captar las palabras de los salmos sin las distracciones de la tierra o del agua. Asaf no distingue más, pero sabe que es ella. Ella, la hija de Ezequías, la que lo tiene enamorado, la que le hace olvidar que viven en cautividad. Ella, su amada desde el día en que vio cómo se reflejaba su imagen en el canal mientras se estaba peinando. Asaf tiene dieciocho años y a los dieciocho años es fácil distraerse de las oraciones ante una joven tan encantadora como Majlá.

Los salmos siguen deslizándose con un ritmo pausado y piadosamente monótono. Los ancianos se balancean recitándolos con la cadencia de siglos. Sus siluetas se recortan en las sombras merced a las llamas de las hogueras.

Pronto el silencio domina en el campamento de los judíos. Las cítaras vuelven a pender de los sauces y el agua del canal rumorea en su cauce.

Sólo Asaf sigue junto a la orilla, pensativo. Ya no mira hacia la tienda de la joven. Sigue una hoja que la luna de descubierto en su lento deslizarse por el agua hasta que desaparece en la sombra...

II

Los judíos se vieron sometidos y llevados a cautiverio a Babilona. No los han torturado ni los han dedicado a trabajo esclavo. Tan sólo los han separado de sus tierras con fines de conquista y de ocupación. Tras largas caminatas, llegaron a su nueva tierra y allí acamparon, cada tribu junto a distintos canales del Éufrates. Los ancianos elevaron sus plegarias por Yahvé agradeciéndole la abundancia de agua que les haría tanto bien. El rabí Booz lloró cuando sumergió la mano en el agua en honor del Señor. El recuerdo de su amado río, del bendito Jordán, le oprimió el corazón. ¡Qué lejos de la patria, de aquella patria que tanto les había costado poseer a sus antepasados! ¡Qué lejos de la Ciudad Santa! Se mojó las manos y sollozó al evocar Sión.

Pronto se organizaron. Cada cual sabía su misión. Todos eran hermanos en Dios y en su raza. Las tiendas de campaña llenaron las riberas. Los hombres empuñaron los aperos de sus distintos oficios; las mujeres se arrodillaron ante las aguas para lavar la ropa; los rabinos dispusieron sus toras y sus pergaminos; los niños... jugaron entre lección y lección.

En los primeros días todo era paz y sosiego. Sólo los ancianos suspiraban a todas horas con el recuerdo de la patria perdida. Los adultos se afanaban en las labores necesarias para la comunidad.

Una mañana, mientras todos estaban entregados a sus ocupaciones, dos jóvenes llegaron corriendo y chillando. Agitaban en alto unos peces. El río había empezado a entregar vida. Podrían alternar los pescados frescos, limosos y brillantes con los tasajos que las mujeres conservaban en aceite.

El rabí Booz sonrió. El Éufrates también era un río bendito. No era el Jordán, pero abastecía a sus vecinos. Fiel a sus piadosas costumbres, alzó los ojos al cielo y bendijo a Yahvé que le procuraba alimento a su pueblo... y, con renovada sonrisa, bendijo al río...

III

Pronto llegaron los sacerdotes babilonios. Llegaron en una barca engalonada con gallardetes. Vestían gruesos mantos ricamente adornados. Los escoltaban unos guardias armados con lanzas y con cortas espadas de hoja muy ancha. Bajaron a tierra y se dirigieron a los sacerdotes israelitas que los estaban aguardando en silenciosa formación.

— Venimos a deciros que no sois esclavos. Que sois libres en esta tierra nuestra y que queremos participar en vuestras costumbres y que vosotros participéis en las nuestras. Que oigáis nuestros cantos y que nos deis a conocer los vuestros —así habló el sumo sacerdote babilonio y se inclinó solemne—.

El rabí Booz era el mayor de todos los rabinos y a él le correspondía contestar. Se adelantó y salmodió con voz firme: «Los que nos tenían cautivos, nos piden canciones, los que nos han llevado atados, nos piden alegría. ¿Cómo cantaremos las canciones de Yahvé en tierra extranjera?». Y dicho esto, cogió una cítara, la pasó a un rabí más joven y le señaló el sauce. El joven colgó la cítara y regresó a su lugar.

El sumo sacerdote babilonio apretó los labios con rabia. Dio la vuelta y regresó raudo a la nave. Antes de subir por la pasarela, se giró y, levantando un brazo gritó: «¡Que los dioses os maldigan, judíos! ¡Pronto veréis la furia de nuestro rey!».

Todo quedó en silencio en el campamento. Las mujeres se encerraron en las tiendas. Los hombres volvieron, desganados, a su trabajos. Los rabinos, sin ponerse de acuerdo ni con palabras ni con gestos, se reunieron en un claro del vecino bosquecillo de cedros.

El joven llamado Asaf desistió de la intención de acercarse a la joven Majlá. Las palabras del sacerdote babilonio habían enfriado su ánimo.

IV

La anciana Yokebed está arrodillada en la orilla del río. Completamente inclinada parece querer hundirse en el agua. Se balancea a la manera de los varones cuando rezan y cantan los salmos rituales. Yokeved está enferma. Está enferma del mal del cerebro. Tocada por la locura. Era una bellísima joven que se desposó con el pastor Ajab del que tuvo cinco hijos. A los treinta años un lobo que era la pesadilla de los

pastores acabó con la vida de Ajab. Yokebed perdió la razón y no pronunció palabra en años. Olvidó a sus hijos, que fueron atendidos por su hermana Débora, y se dedicó a rastrear por los alrededores de su poblado en busca de su marido al que creía vivo.

Ahora uno de sus hijos la vio junto a la corriente y se acercó a ella solícito. «Madre», le dijo, «¿qué hace junto al río? Venga conmigo, que se va a enfriar». Ella ni lo miró. No reconocía a nadie, ni siquiera a sus hijos o a su hermana. Vivía en una nebulosa solitaria. Miró al frente y empezó un canturreo: «El agua del Nilo nos trajo antaño a Moisés niño, para salvar al pueblo de Yahvé. Y el agua de este río nos traerá un salvador. Vendrá en un cesto de mimbre calafateado con espesa pez y nos salvará de la cautividad. El agua nos traerá al salvador. La salvación de nuestro pueblo está en el agua». Calló y se volvió a arrodillar en la orilla. Su hijo quedó en suspenso. Estaba asombrado, rígido, espantado. Jamás había oído hablar a su madre pues él era casi un recién nacido cuando murió su padre. Nadie había oído hablar a Yokebed en tantos años y ahora, de repente, ese canto extraño, imposible en una mujer del todo ignorante e iletrada. ¿Qué podía saber ella de salvadores, de cautiverios, del poder del agua? Se sintió aterrorizado por aquel fenómeno. ¡Su madre poseída por un espíritu...! Debía mantenerlo en silencio. No debía dar a conocer aquellas palabras a nadie y menos a los rabinos. ¿Podrían echarla del campamento? ¿Podrían exorcizarla? Lo ignoraba. Él era pastor como había sido su padre, era ignorante de las cuestiones sagradas. Callaría. No expondría a su madre a posibles castigos.

En aquel lugar todo venía del agua: la vida, el alimento, la alegría..., ¡la locura!

V

Llegaron los soldados del rey y arrasaron el poblado. Violaron a las mujeres, empalaron a los varones, arrastraron a los rabinos agarrándolos de los rizos rituales, aplastaron las cabezas de los niños con piedras, se orinaron sobre las sagradas escrituras, destrozaron y quemaron las tiendas de campaña. En poco tiempo no quedaban más que restos, las ascuas del incendio y el humo que hacía llorar los ojos de los soldados.

Habían llegado por tierra, por el bosque de cedros. Habían rodeado con sigilo el campamento. Era el amanecer de un luminoso día primaveral. El río descendía alegre con su rumor cristalino. El sol hacía brillar la

hierba. Todo era paz y placidez... Y, de pronto, el rugido, el griterío. Gritos furiosos de los atacantes; gritos lastimeros de las víctimas, gritos de las mujeres salvajemente violadas. Ruido seco de golpes, ruido del fuego que crepitaba siniestro... Alaridos de hombres al ser empalados a golpes de mazas de madera.

Cuando se retiraron los soldados, rojos los filos de las espadas, las puntas afiladas de las lanzas, las corazas y los descomunales escudos, el campamento era un cementerio de personas, animales y de objetos. La sangre formaba regueros desde los cadáveres que se encharcaba al chocar con cualquier obstáculo. Los muertos eran muñecos que formaban trágicos garabatos en el suelo. Al aire se agitaban los empalados, vivos todavía, agonizantes durante horas, que, en lugar de rugidos de dolor, jadeaban roncós a la espera de una pronta muerte... En las ramas de los sauces, seguían colgadas las cítaras...

Se oía cda vez más confuso el rumor de las tropas que se alejaban. Los cánticos jubilosos de las fieras ahítas de sangre se fueron apagando en la lejanía como si, agotados por la crueldad y la lujuria, fueran deseando el reposo en sus cuarteles.

El río, enrojecido en sus orillas, discurría plácido, ajeno al dolor que lo había teñido y arrastraba la sangre corriente abajo...

VI

Asaf lo había visto todo desde el escondrijo. Al amanecer se había internado en el bosque de cedros. Buscaba unas flores muy bellas que se encontraban esparcidas con desorden entre los árboles. Se había decidido. Le entregaría un ramo a la joven y le hablaría. De nada demasiado íntimo, de nada de amor o de otra cuestión que pudiera incomodarla y alejarla. Le hablaría de Jerusalén, de sus calles, de sus plazas, de las costumbres de su patria. Le diría que pronto regresarían, que estaba seguro de su próximo retorno. Y le pediría que fuera con él a pasear al río. Que el agua que corría hacia el mar era el símbolo de la libertad que no tardaría en llegar. Que el agua era como un pueblo esclavo que no para hasta que regresa a su patria verdadera, el mar. Y que así era el pueblo judío, un mar poderoso encerrado en un lago opresor por ahora, pero que rompería los diques y se lanzaría impetuoso hacia su tierra... Que, como sucedió con Moisés, un libertador llegaría a caballo de una ola una tarde en que el río estuviera revuelto. Y que él los conduciría por las aguas a Sión...

Todo esto le hubiera dicho a la bella Majlá, pero jamás pudo decírselo. No quiso acercarse a su cadáver. Lo entrevió cerca de su propia tienda. Apreció que el manto dejaba al descubierto sus piernas... y giró la cabeza. No quiso recorrer el campamento y ver el destrozo y torturarse con la visión de los mutilados y con la destrucción total de su parientes y amigos, de su pueblo.

Fue hacia la orilla. Se haría una balsa con unas cañas o con unos juncos o con lo que fuera... Debía alejarse de allí. Regresar a la patria. Huir. El río era el mejor camino. El río era la salvación.

* * *

Río abajo, mecido con suavidad en una débil balsa, lanzó su lamento y maldición:

Hija de Babel, la devastadora
dichoso el que te diera el pago
que a nosotros nos diste.
¡Bienaventurado quien cogiera y estallara
contra la roca a tus pequeñuelos!

Se le quebró la voz con el último verso y rompió a llorar...

El río, silencioso, lo fue alejando hacia Sión...